

## Disquisiciones políticas y religiosas en tiempos de Valentiniano II: el debate entre Símaco y Ambrosio de Milán

VIVIANA BOCH DE BOLDRINI

### Resumen

El propósito del presente artículo consiste en realizar un aporte a los estudios referidos a las motivaciones que guiaron el debate entre Quinto Aurelio Símaco y Ambrosio de Milán, en torno al conflicto suscitado a raíz del retiro del altar de la Victoria de la Curia senatorial. Interesa encontrar, a partir de la lectura crítica de la tercera *relatio* y de las epístolas del obispo milanés, las ideas centrales de sus autores y sus respectivas interpretaciones de los acontecimientos, en momentos de tensión entre paganos y cristianos. A través del análisis de dichos documentos, se pretende comprender la mentalidad de uno y otro grupo, así como su auténtica significación en el proceso de transformación política y religiosa acaecido en el Imperio romano durante la cuarta centuria.

**Palabras clave:** Quinto Aurelio Símaco- Ambrosio de Milán- Altar de la Victoria- Senado romano.

## Political and religious discussions in times of Valentiniano II: The debate between Symmachus and Ambrosio from Milan.

**Abstract:** The purpose of the present study is to add to the body of knowledge about guiding motivations in the debate between Quintus Aurelius Symmachus y Ambrosio of Milan, related to the conflict that began after the retreat of the altar of Victory of the Senatorial Curia. We are interested in finding, through critical reading the third *relatio* and the letters of the bishop of Milan, the central ideas of the authors and their respective interpretation of facts, at a time of tension between pagans and Christians. Through analysis of such documents, we pretended to comprehend the

mentalities of both groups, as their authentic signification in the process of political and religious transformation that took place in the Roman Empire during the fourth century.

**Key words:** Quintus Aurelius Symmachus- Ambrose from Milan- Altar of the Victory- Roman Senate.

## Disquisiciones políticas y religiosas en tiempos de Valentiniano II: el debate entre Símaco y Ambrosio de Milán

VIVIANA BOCH DE BOLDRINI  
Universidad Nacional de Cuyo  
vivianaboch@yahoo.com.ar

La desaparición física de Valentiniano I en 375 permitió el ascenso al trono de su hijo Graciano, quien debió asociar al poder a su pequeño hermano Valentiniano II. El primero se estableció en Tréveris y el segundo en Sirmio.<sup>1</sup> Graciano, en la primera etapa de su reinado, mantuvo una línea política caracterizada por la búsqueda de equilibrios con la aristocracia pagana romana<sup>2</sup>. Corresponde destacar que los nombramientos en cargos vitales en la conducción imperial recayeron en personajes pertenecientes a este grupo como Quinto Aurelio Símaco, designado cónsul, o Virio Nícómaco Flaviano, nombrado vicario en África.<sup>3</sup>

<sup>1</sup> Cfr. HUBEŇÁK, 1998, p. 133. Mientras Valente dirigía los asuntos imperiales en Oriente, hasta su conocida derrota y muerte en Adrianópolis, Graciano y Valentiniano II gobernaban Occidente. Al primero le correspondió la Galia, Iberia y Britania, mientras al segundo Italia, Iliria y Libia. Cfr. HUBEŇÁK, 2008, p. 215.

<sup>2</sup> HUBEŇÁK, 1998, p. 135.

<sup>3</sup> En concordancia con esta actitud de acercamiento a las tradiciones romanas, el emperador concretó la apoteosis de su padre. Poco después tuvo lugar el conocido discurso de Temistio, *Oratio XIII*, en representación de Valente en el cual se exaltaban las raíces religiosas y políticas de la Roma ancestral. Cfr. HUBEŇÁK, 1998, p. 136.

Si bien Graciano continuó con la política complaciente de sus antecesores, al poco tiempo y debido a la creciente influencia que recibió del obispo Ambrosio de Milán<sup>4</sup>, adhirió de manera indiscutible al cristianismo. Entre las medidas más significativas aportadas por este emperador, figura su conocida renuncia al título de *Pontifex Maximus*, lo que implicaba un cambio profundo en las relaciones entre Iglesia y poder político, absteniéndose desde entonces de intervenir en manera directa en los asuntos que correspondían a la jurisdicción religiosa. De acuerdo con ello, el emperador legislaba en materia religiosa, como cabeza política del Imperio, pero no tenía competencia en cuestiones exclusivamente eclesiásticas, las cuales quedaban bajo exclusiva competencia de las autoridades de la Iglesia. Quedaba disuelto el ancestral pacto entre dioses e Imperio.

El obispo de Roma, Dámaso, también influyó en el joven príncipe en su creciente inclinación a favor del cristianismo, como quedó de manifiesto en su decisión de convocar a un sínodo de obispos en Roma en el 369.<sup>5</sup> La notable influencia de Dámaso y Ambrosio constituyó una conjunción precisa para provocar el viraje decisivo en la política imperial.

Luego de la desaparición de Valente en la batalla de Adrianópolis, Graciano logró tranquilizar Constantinopla con su llegada, aunque el temor a los bárbaros provocó que los persiguieran con violencia,

---

<sup>4</sup> Fue creciente la influencia de Ambrosio en Graciano y después de su traslado a Milán, el 3 de agosto del 379 abrogó el rescripto de tolerancia de Sirmio y comenzó decididamente a beneficiar al cristianismo. El obispo milanés, en permanente acuerdo con Dámaso, trabajó activamente aconsejando a emperadores cristianos como el mencionado Graciano, Valentiniano II y Teodosio, luchando contra la herejía y los intentos paganos de restauración de sus privilegios como en los sucesos relacionados con la restitución del altar de la Victoria, temática que será analizada en las siguientes páginas de este trabajo. Cfr. HUBENÁK, 2006, pp. 223-254.

<sup>5</sup> Una problemática importante que vivía el cristianismo en esta época, fue la constante presencia de las herejías: el panorama se caracterizaba en Occidente por el predominio de la ortodoxia, donde existían núcleos arrianos como en Milán y en algunas jurisdicciones del Ilírico. En Oriente, predominaba el arrianismo y el donatismo en África. Frente a este panorama religioso, Dámaso consiguió que en el sínodo del 369 se aprobara la *Confessio fidei catholicae*, que contenía las condenas a las herejías de Oriente, consideración que luego reafirmaron las sucesivas sedes sinodales occidentales. En Roma, una numerosa reunión de obispos declaró al Símbolo de Nicea como el único válido y solicitó ayuda al poder político imperial para terminar con los focos heréticos arrianos. Luego un importante sínodo en Antioquía en el 379, aceptó la fe nicena, retornando a la unidad con la Iglesia romana. En este concilio se reunió el primer corpus de cánones de la Iglesia. Cfr. *Ibid.*, pp. 141-142.

situación que se evidenció en el ataque autorizado por el senado de dicha ciudad contra auxiliares godos del Asia Menor en 379.<sup>6</sup> En estas circunstancias, especialmente comprometidas para la paz del Imperio, Graciano decidió nombrar como nuevo colega a Teodosio, experimentado militar a quien confió solucionar la conflictiva situación de Oriente.

Las decisiones de Graciano en contra del paganismo resultaron de vital importancia para comprender la problemática planteada entre el poder político y los defensores del paganismo. La supresión de inmunidades y rentas a las vestales de Roma, así como el conflicto suscitado cuando ordenó retirar la tradicional estatua de la Victoria, ubicada en la Curia del senado en 382,<sup>7</sup> constituyeron hitos fundamentales del período.

Al morir Graciano en Lyon en 383 al iniciarse la rebelión de Máximo, Valentiniano II ocupó la púrpura. El poder efectivo del joven emperador quedó limitado a Italia, mientras el resto de Occidente quedaba bajo la égida del usurpador y Oriente junto con Iliria continuaba bajo el control de Teodosio. En lo que respecta a su relación con la aristocracia senatorial pagana, Valentiniano II aplicó una política oscilante<sup>8</sup>. Desde el punto de vista religioso, continuó desoyendo los pedidos de sus representantes, encabezados por Símaco, que solicitaban el restablecimiento del Altar de la Victoria en el aula senatoria<sup>9</sup>, asunto que será tratado en profundidad en el apartado

---

<sup>6</sup> Ibidem., pp. 138-139.

<sup>7</sup> Cfr. GARCÍA MORENO, 1998, p. 112. Cabe señalar que ya Constancio en el 357 hizo retirar de la Curia el Altar de la Victoria y tal vez también su imagen. Fue restituida en tiempos de Juliano y fue nuevamente retirada en tiempos de Graciano. Una visión detallada sobre esta temática se encuentra en HUBENÁK, 2006, pp. 223-254; MARSHALL, 2004, pp. 185-195.

<sup>8</sup> Los primeros años del gobierno de Valentiniano II, se caracterizaron por la restauración de la grandeza de Roma por la antigua nobleza de esta ciudad, el renacimiento de los *mores maiorem* y de los intereses de esta elite. Con posterioridad, con motivo de la derrota de Adrianópolis en el 378, Valentiniano II se refugió en Milán ante el peligro de una posible invasión de los godos, donde entró en contacto con el obispo Ambrosio. Cfr. HUBENÁK, 2006, pp. 215-217.

<sup>9</sup> En cuanto a la finalización de este conflicto y luego de la negativa de Valentiniano II, la facción pagana del senado realizó nuevos reclamos frente a Teodosio sin éxito. En el 400 se repuso el altar y la imagen de la diosa en el senado por temor al avance bárbaro y se presume que fue destruido durante el saqueo de Roma del 410. Cfr. BOCH, 2013, p. 141.

siguiente, donde se analizarán los agudos debates entre Quinto Aurelio Símaco y el obispo milanés Ambrosio.

### *Quinto Aurelio Símaco y la defensa de la romanidad*

Tal vez otras recomendaciones mías deban atribuirse a la benevolencia. Ésta proviene del discernimiento. Así es, confío a tu corazón venerable a mi hermano el Obispo Severo, digno de ser alabado por el testimonio de todas las doctrinas religiosas. La desesperanza de igualar sus méritos y su propio pudor no me permiten decir más cosas sobre él. Además he asumido el papel de testigo, no de panegirista, y te reservo a ti el examen de su carácter<sup>10</sup>.

Con estas palabras Símaco<sup>11</sup> en una epístola dirigida a Adriano, mostró que estaba dispuesto a ayudar a cristianos importantes. En otra de sus cartas destinada a Celsino Tiziano, intercedió en favor del Obispo de Cesarea de Mauritania: *Tal vez te extrañe que te recomiende a un Obispo, en efecto actuando como un hombre de bien, Clemente ha salvaguardado Cesarea.*<sup>12</sup> Si bien Símaco a lo largo de su carrera política manifestó ser un irreductible defensor del paganismo romano, también tuvo actitudes de acercamiento al cristianismo. Por tal motivo, en repetidas ocasiones, fue electo como representante oficial y portavoz de las demandas del senado romano dirigidas al Príncipe.

Envió misivas amistosas a representantes del paganismo ligado a los cultos provenientes de Oriente, como Vetio Agorio Pretextato o Rústico Juliano; a referentes del paganismo tradicional, a paganos en proceso de conversión como Petronio Probo, a moderados como Ausonio, o a cristianos francamente decididos como Ambrosio. La fama que Símaco adquirió de moderación y disponibilidad al diálogo le permitió obtener

---

<sup>10</sup> SÍMACO L. VII, 51.

<sup>11</sup> *Quintus Aurelius Symmachus Eusebius* nació en Roma alrededor del 340, en el seno de una familia poseedora de una importante fortuna inmobiliaria pero sin demasiado prestigio social. Sus miembros habían pertenecido al orden ecuestre hasta la época de Constantino en que ascendieron al grupo de los clarísimos. Precisadas referencias a la vida y obra de este senador se encuentran en los estudios prosopográficos realizados por JONES, MARTINDALE, MORRIS, 1971. Vol. I, pp. 865-870. En cuanto a su formación personal, el joven Símaco se dedicó al estudio de los *veteres scriptores* adquiriendo un conocimiento penetrante de temáticas vinculadas con lo civil, lo moral y lo religioso. Así mismo se dedicó a la revisión y reorganización de textos de autores clásicos con la finalidad de conservar la cultura tradicional para asegurar la trasmisión de la *sapientia maiorum*, sobre esta temática resulta importante consultar la descripción realizada por VIOLA, 2010, p. 84.

<sup>12</sup> SÍMACO. *Cartas*. L. I, 64.

la amistad de los individuos más comprometidos con la conducción del Imperio, la actitud de benevolencia hacia los cristianos influyó en la decisión de los senadores paganos que lo eligieron como interlocutor ante un emperador cristiano, con la esperanza de ser oídos. Esto estaba en directa relación con las expectativas de dichos senadores de volver a obtener privilegios irremediabilmente perdidos, punto de vista que Símaco compartía.

Su elocuencia, equilibrio personal y capacidad diplomática, lo habían convertido en piedra angular para quienes defendían la preeminencia política y social del *ordo* senatorial. Había llegado a la perfecta oratoria y por lo tanto, alcanzó la perfección de la *romanitas* y de la *humanitas*. Símaco buscó revitalizar, mediante su retórica oral y escrita, la permanente vigencia de la *auctoritas* senatorial, depositaria del misterio del Imperio. De esta forma pensaba revitalizar la arcana idea de la eternidad de la *Urbs*, en armonía con el designio divino.<sup>13</sup>

El pasaje de la “romanidad” a la “cristiandad” se manifestó en el espíritu de la nueva época. Esto fue lo vivido por la generación de aristócratas cuyo representante clave fue Símaco. Ellos intentaron asirse a lo anterior sin poder detener el ritmo de lo venidero donde perdían importancia sus antiguas prácticas e incluso corrían el peligro de desaparecer, condenando al olvido su estilo de vida y su misma razón de existir en el espectro político-cultural de la época. Símaco trató de detener este proceso, buscando revitalizar los esquemas tradicionales de pensamiento. En el *Corpus* de sus escritos se observa el notable esfuerzo realizado por los miembros del *ordo* senatorial por relegitimar el papel que les correspondía desempeñar en la conducción del Imperio<sup>14</sup>. Vivió la transformación de una época donde los protagonistas sufrieron la conmoción de dichos cambios. En dicho contexto es factible ubicar la defensa realizada por Símaco en su tercera *relatio* en busca de la restitución del mencionado altar, en la Curia senatorial. En presencia de Valentiniano II, leyó su conocido alegato. Este documento, junto con las epístolas LXXII y LXXIII redactadas por Ambrosio de Milán, constituyen las fuentes fundamentales para estudiar tanto la defensa pagana como la respuesta cristiana a tal situación. Estos documentos trascienden el conflicto, ya que evidencian la mentalidad de uno y otro grupo, dominantes del panorama político y religioso de la época.<sup>15</sup>

<sup>13</sup> Cfr. *Ibid*, p. 69.

<sup>14</sup> Cfr. RODA, 1986; GIARDINA, 1986, pp.262-272; RODA, 1992, T. III, pp 643-673.

<sup>15</sup> Un estudio detallado de la mentalidad pagana puesta de manifiesto por Símaco en su tercera *relatio* se encuentra en BOCH, 2013, pp. 133-151.

La tercera *relatio*, condensa los aspectos esenciales del pensamiento de su autor. A través de este texto, Símaco se manifestó como emisario del senado romano. Su contenido evidencia su preocupación por los asuntos vinculados al *ius* sacro, al *ius* divino y los temas relacionados con la supervivencia histórica del senado y su misión providencial. Para el orador, la tradicional convicción en la eternidad de Roma, basada en la *pax deorum* y el mantenimiento de la tradición, se encontraba interpelada en este conflicto. La relación entre orden trascendente e inmanente que caracterizaba la mentalidad aristocrática tradicional, se veía amenazada con la desaparición.

El Altar y la diosa Victoria alada trasmitían el mensaje de una realidad imperial romana superadora de parcialidades y localismos. En opinión de Loris Viola, la presencia de este emblema en la Curia implicaba la permanencia del orden divino en el orden civil, de acuerdo con esta concepción, el acto sacrilego que implicaba el retiro del altar, determinaba la ruptura de la *pax deorum hominumque*, lo que impedía que pudiera concretarse dicha *pax*. Para el autor la influencia del mundo trascendente en la Roma temporal y terrena, contenía un pacto que se disolvía con el incumplimiento de los ritos patrios.<sup>16</sup>

En la tercera *relatio*, Símaco como vocero del senado romano, comunicaba al emperador sus inquietudes: *Tal como el ilustrísimo senado que es siempre vuestro ha sabido que los vicios han sido sometidos por las leyes.*<sup>17</sup> En su alegato el orador precisaba la función que realizaba: (...) *como prefecto vuestro, expongo los asuntos públicos y como legado de los conciudadanos os confío sus encargos.*<sup>18</sup> A continuación exhortaba a los príncipes a no tomar medidas contrarias a la tradición: (...) *Tal gloria es más importante desde el momento en que entendáis que no os es lícito hacer nada contrario a la tradición de nuestros padres.*<sup>19</sup> En tono conciliador intentó convencer a Valentiniano II de no ser intransigente en materia religiosa poniendo como ejemplo a otros príncipes que en el pasado adoptaron actitudes de esta índole, *No hay duda de que podrían enumerarse príncipes de una y otra doctrina, de una y otra creencia. De ellos los más antiguos practican los ritos de nuestros padres, los más recientes no los suprimieron.*<sup>20</sup> En la misma línea, sugería a

<sup>16</sup> Cfr. VIOLA, 2010, pp. 125-126.

<sup>17</sup> SÍMACO. Informe 3, 1.

<sup>18</sup> SÍMACO, Informe 3, 2.

<sup>19</sup> Ibid.

<sup>20</sup> SÍMACO. Informe 3, 2.



Valentiniano II que continuara con el ejemplo de su padre quien adoptó decisiones mesuradas en materia político-religiosa, haciendo ver el error que cometió su hermano Graciano al retirar de la Curia dichos símbolos tradicionales.<sup>21</sup>: *Reclamamos aquella situación de los cultos que preservó el Imperio para el divino padre de vuestro numen (...) Proporcionad a vuestro divino hermano la corrección de una decisión ajena*<sup>22</sup>. Como destaca Doménico Vera<sup>23</sup> resulta de gran importancia el pedido de respeto a los cultos tradicionales que Símaco subrayó en el párrafo anterior.

En otro apartado del escrito, Símaco sostenía que la presencia de Victoria aseguraría la paz contra cualquier ataque foráneo. Para el orador, el retiro de la diosa ponía en peligro la seguridad del Imperio: *Somos precavidos con respecto al futuro y evitamos los portentos producidos por cambios de situación. (...) Vuestra Eternidad debe mucho a la Victoria y aún le deberá más (...) no abandonéis vosotros un patrocinio favorable a los triunfos*.<sup>24</sup>

El orador defendió el derecho de los cultos paganos a ser sostenidos por erario: *¿Cuántos beneficios ha obtenido vuestro erario sacro despojando a las vírgenes vestales de sus prerrogativas? (...) así como las cintas sirven de ornamento a su cabeza (...) estar libres de cargas es una distinción del sacerdocio*.<sup>25</sup> Para Símaco este acto suponía un grave peligro para la Ciudad Eterna, exponiéndola a perder aquellos antiguos sacerdocios que beneficiaban de manera permanente a la comunidad.<sup>26</sup>

Como sostiene Florencio Hubeňák, la Victoria para los romanos había conservado el Imperio y debía continuar haciéndolo, garantizando la perennidad de la *Urbs*, del poder victorioso de los príncipes y el carácter divino de su autoridad<sup>27</sup>. El retiro del altar significaba eliminar el sitio donde los senadores juraban obediencia a sus príncipes y a Roma. De esta manera se aseguraba la concordia pública y el bienestar general. Se actualizaba la soberana potencia de la cual procedía la *auctoritas patrum*. Símaco, por tales motivos, recriminó toda acción contra el rito tradicional,<sup>28</sup> sostenía: *Aquella ara guarda la concordia de*

<sup>21</sup> Cfr. HUBEŇÁK, 2006, p. 237.

<sup>22</sup> SÍMACO, Informe 3, 19-20.

<sup>23</sup> VERA, 1981, p. 52.

<sup>24</sup> SÍMACO, Informe 3, 3.

<sup>25</sup> Ibid, 3, 11.

<sup>26</sup> MARSHALL, 2004, pp. 191-192.

<sup>27</sup> HUBEŇÁK, 2006, p. 231.

<sup>28</sup> Cfr. VIOLA, 2010, p. 128.

*todos, aquella ara está en armonía con la fe de cada uno, y nada otorga más autoridad a nuestras resoluciones el hecho de que el estamento lo decida todo como quien ha realizado un juramento.*<sup>29</sup> En un sentido párrafo Símaco personificó a Roma clamando por el respeto a sus tradiciones, sus cultos y ritos, sobre los cuales se fundaba su destino impercedero:

Imaginemos ahora que Roma se presenta y se dirige a vosotros con estas palabras: “¡Vosotros, que sois los mejores entre los príncipes, los padres de la patria, respetad mis años, a los que me ha conducido la piedad de unos ritos! ¡Que pueda seguir las ceremonias ancestrales, puesto que no me pesa! ¡Que pueda vivir de acuerdo con mi costumbre, porque soy libre! Este culto sometió el orbe a mis leyes.”<sup>30</sup>

En lo referente a las ideas religiosas expuestas en este documento, Símaco ponía en evidencia una profundizaba sus ideas, en este caso predominaba la noción de una religiosidad abarcadora de todas las divinidades existentes:

Por eso os rogamos que haya paz para los dioses patrios, para los dioses Indígetes. Es razonable considerar único lo que todos honran. Contemplamos los mismos astros, el cielo es común a todos, nos rodea el mismo mundo. ¿Qué importancia tiene con qué doctrina indague cada uno la verdad? No se puede llegar por un solo camino a un secreto tan grande.<sup>31</sup>

Símaco centraba su argumentación, en este punto, en el respeto por la religión patria. Establecía una clara relación entre *religio* romana y la providencia divina universal, cuyo centro radicaba en una divinidad trascendente, absoluta y por lo tanto unificadora de todos los cultos.<sup>32</sup> Es interesante la opinión de Martha Sordi quien sostiene que los senadores paganos de Roma buscaron un lenguaje conciliatorio que tendiera puentes y acentuara puntos de acuerdo más que diferencias, aludiendo a la idea del *summus deus*, que justificaba el pluralismo de cultos.<sup>33</sup> De esta manera, el orador pretendía restar importancia al cristianismo que ponía el acento en el exclusivismo de su fe.<sup>34</sup>

---

<sup>29</sup> SÍMACO. Informe 3, 5.

<sup>30</sup> SÍMACO. Informe 3, 9.

<sup>31</sup> Ibid.

<sup>32</sup> Cabe preguntarse si corresponde utilizar el concepto de tolerancia para expresar las actitudes tomadas por los protagonistas de este debate. En tiempos modernos dicho concepto ha sido teñido por el racionalismo, individualismo y relativismo. Implica sostener la posibilidad de opinar libremente, sin limitación alguna, provocada incluso por cualquier sujeto externo que quisiera imponer una idea, un hombre

La tercera *relatio* constituye el documento clave para entender las especulaciones de la intelectualidad pagana de la época. Los ideales del llamado “círculo de Símaco” quedaban al descubierto en cada apartado de este documento. Este alegato contenía el epílogo de la sublimación del ideal imperial romano. En ella se sostenía que la destrucción del Imperio se produciría como consecuencia de la ruptura de la *pax deorum*, por ello responsabilizaba a los emperadores y, en suma, al cristianismo. Constituye además una prueba ineludible de la pluralidad de móviles de la resistencia pagana del siglo IV. De acuerdo con estas consideraciones, las hipótesis que sostienen como únicos motivos intereses económicos o mezquinas pretensiones políticas, carentes de un sentido más profundo, encuentran en ellas una seria objeción<sup>35</sup>.

### **Las epístolas de Ambrosio de Milán: una incisiva respuesta al alegato de Símaco.**

El obispo milanés Ambrosio<sup>36</sup> estaba dispuesto a poner en evidencia, por un lado, que el acuerdo de enviar la embajada senatorial al emperador no había sido unánime, por otro, que los senadores cristianos no estaban dispuestos a continuar con dichas

---

común o autoridad religiosa que pidiera subordinar a un individuo, como portadora de un conocimiento trascendente a la razón. Esta situación conduciría al surgimiento de un sinnúmero de opiniones que, en cuanto subjetivas, estarían en conflicto unas con otras. Para intentar resolver esta problemática se utiliza “tolerancia”, entendida como cualidad moral propuesta al ciudadano en vistas a la conservación de la licencia individual de la razón, separada de la verdad universal inmutable, de tal manera que el hombre es relegado a una búsqueda cognitiva sin posibilidad alguna de encontrarse con lo real. Para los romanos antiguos la *tolerantia* era un aspecto específico de la virtud de la *patientia*, integrada en la virtud de la *fortitudo* y en la virtud de la *fortia*, que incluye la *firmitas*. *Tolero* (cf. *tollo*), raíz tel-tol-tal—tl que implica soportar, resistir Cfr. ETEROVIC, 1970, pp. 301-301. Por lo tanto, su sentido es muy diferente del actual y no corresponde aplicar este concepto a las ideas sostenidas por Símaco, ni su opuesto a las de Ambrosio de Milán. No se ajusta a la mentalidad romana de la época. Cfr. VIOLA, 2010, p. 140-147.

<sup>35</sup> Cfr. SORDI, 1976, p. 219.

<sup>34</sup> Cfr. VIOLA, 2010., p. 130.

<sup>35</sup> En esta línea se encuentra la obra de Alan CAMERON: *The Last pagans of Rome*, quien desestima o minimiza la importancia de la reacción pagana en esta época. En su contra Stephen RATTI en *Polémiques entre païens et chrétiens*, defiende la significación de los protagonistas de estos intentos de defensa de la romanidad. Sobre esta temática se recomienda también la lectura de BOCH, 2013, p. 150.

<sup>36</sup> Luego de su designación como obispo, Ambrosio se involucró en los

actividades cúllicas, lesivas a sus sentimientos religiosos<sup>37</sup>. Es posible que esta observación, junto con otras no menos significativas, haya contribuido a que Valentiniano II denegara la petición. Sin embargo, para llegar a conclusiones relevantes, es conveniente profundizar en los argumentos presentados por Ambrosio.

En la epístola LXXII Ambrosio advierte a Valentiniano II de la gravedad de la situación. Para el obispo, la restitución del famoso altar determinaría una ofensa a la auténtica religión. Comenzaba recordando el compromiso de los príncipes con su fe: *Como todos los hombres que están bajo la soberanía romana prestan servicio para ustedes, que son emperadores y señores del mundo, así también ustedes son soldados al servicio del Dios omnipotente y de la santa fe.*<sup>38</sup>

A continuación, se dirigía al joven príncipe tratándolo como a un fiel y apelaba a su conciencia religiosa señalándole las consecuencias que tendrían sus decisiones en el plano sobrenatural: *En efecto, la salvación no podrá ser cierta, si cada uno no honra sinceramente al verdadero Dios, esto es al Dios de los cristianos.*<sup>39</sup>

En la misma línea lo invitaba a actuar conforme a su fe, destacando que una decisión favorable a la solicitud de Símaco representaría una ofensa al verdadero Dios:

Entonces, porque tú, emperador cristianísimo, debes demostrar tu fe al verdadero Dios, (...), me maravillo que algunos hayan podido esperar que tú debas restaurar con tu orden los altares sacros de los dioses paganos y proveer también los medios para que se cumplan sacrílegos sacrificios.<sup>40</sup>

---

acontecimientos más significativos de su época. Poseedor de una personalidad enérgica, fue diplomático innato y táctico sumamente hábil, cuya voluntad y convicciones nunca tambaleaban. Se lo consideró un magnífico orador. Su discurso se refería siempre a lo esencial y a lo fundamental en la práctica religiosa. Cfr. VON COMPENHAUSEN, 2001, pp. 126-131.

<sup>37</sup> Tradicionalmente se atribuye a Dámaso la responsabilidad de haber instado a Ambrosio a presentar su misiva en contra del alegato de Símaco en el 384, sin embargo, investigaciones actuales sostienen que no existen datos ciertos que involucren al obispo de Roma en esta controversia, en opinión de Robert R. Chenault, la imparcialidad de Dámaso en esta oportunidad estuvo vinculada a los acuerdos políticos de este obispo con las autoridades paganas de la época. Cfr. CHENAULT, 2016, pp. 47-52

<sup>38</sup> AMBROGIO, L. X, *Lettere* 72 (Maur. 17), 1. SANT'AMBROGIO: *Discorsi e Lettere* (70-77). 1988, p 39.

<sup>39</sup> Ibid.

<sup>40</sup> Ibid. L. X, *Lettere* 72, 3.

En su carta, exponía las implicancias que la reposición del altar tendría para los senadores cristianos, a la vez que lo conducía en su relato a comprender su responsabilidad que le cabía como príncipe cristiano si consentía tal situación:

Si hoy, emperador, un pagano (...) erigiera a los ídolos un altar y obligase a los cristianos a reunirse allí para unirse a los sacrificantes, (...) y expresara su parecer en un senado donde sus miembros fuesen constreñidos a votar después de haber jurado sobre el altar de un ídolo, (...) el cristiano que fuese constreñido a ir al senado con una elección similar, pensaría en una persecución. (...) Bajo tu Imperio, por lo tanto, ¿los cristianos estarían constreñidos a jurar sobre el altar? ¿Qué significa jurar, sino reconocer la potencia divina de Aquel al que se declara garante de su lealtad? Bajo tu Imperio, ¿se pide y se pretende que tú hagas alzar un altar y se provean los medios para los sacrificios sacrílegos?<sup>41</sup>

Incorporaba además dos argumentos de peso: por un lado, resaltaba que acceder a las peticiones de Símaco era cometer un sacrilegio; por otro, inducía a Valentiniano II a consultar al *basileus* Teodosio, del cual siempre recibía consejo:

(...) me dirijo nuevamente a tu fe, vuelvo sobre tu ánimo, para que tú no decidas ya sea responder afirmativamente a la petición de los paganos ya sea de cometer el sacrilegio de suscribir tal respuesta. Al menos, pide consejo al padre de tu Piedad, el emperador Teodosio, (...). Nada es más importante que la religión, nada más elevado que la fe.<sup>42</sup>

Según el obispo milanés le competía intervenir, ya que se trataba de un asunto religioso. Por lo tanto, solicita una copia de la *relatio* presentada por Símaco,<sup>43</sup> insistiendo también en la consulta a Teodosio:

La causa se refiere a la religión: como obispo me constituyo en juicio. Que se me dé copia de la exposición presentada para que pueda replicar con mayor competencia, y así el padre de tu Clemencia, consultado sobre la cuestión completa, se digne responder.<sup>44</sup>

Con inflexible actitud, responsabilizaba al príncipe de su respuesta a la solicitud de Símaco, remarcando su carácter anticristiano y la

<sup>41</sup> Ibid. L. X, Lettere 72, 9

<sup>42</sup> Ibidem. L. X Lettere 72, 12.

<sup>43</sup> Si bien el obispo milanés no poseía entonces la versión escrita de la carta, resulta evidente que conocía al menos de manera oral su contenido y que, de igual modo, ya habría conversado el tema con Teodosio de quien, seguramente, habría recibido apoyo al menos tácito. Cfr. HUBEŇÁK, 2006, p 240.

<sup>44</sup> AMBROGIO. L. X, 72, 13.

reacción adversa que recibiría por parte de la Iglesia y del mismo Cristo: *En efecto, la palabra es tuya, tuya la mano, tuya la firma: por tanto, tuya la obra. El Señor Jesús niega y rechaza tus homenajes, porque has rendido homenaje a los ídolos (...)*<sup>45</sup>

La citada epístola, concluía con una exhortación a Valentiniano II cargada de profundo dramatismo. En ella traía a su memoria la imagen de su desaparecido hermano Graciano, cuyas órdenes dadas en resguardo de la religión verdadera deberían de ser observadas a lo largo de los siglos: *Ahora ha sido abolida la orden y, cosa más grave, fue abolida por los tuyos, (...) si has consentido de buen grado, has condenado mi fe; si has cedido contra tu voluntad, has traicionado la tuya.*<sup>46</sup> De manera similar hizo una sentida referencia a Valentiniano I, sosteniendo que no fue condescendiente con ídolos, sino partidario de la fe cristiana: *Me has juzgado del peor modo, si piensas que la superstición ajena, no mi fe, me conservaron el imperio.*<sup>47</sup> Como conclusión intentaba mostrarle que una decisión adversa ofendería a Dios y a sus antecesores, y comprometería la salvación de su alma: *En consecuencia, que te des cuenta, emperador, que si tomas esta decisión ofenderás sobre todo a Dios, después a tu padre y a tu hermano, te pido hacer lo que comprendes que podrá beneficiar, delante de Dios, a tu eterna salvación.*<sup>48</sup>

La idea ambrosiana referida a que la ofensa al Dios verdadera comprometía la salvación eterna del emperador, estaba en directa relación con su concepción política y religiosa. El obispo, como tal y en los asuntos de su competencia, poseía una autoridad superior a cualquier otra; el emperador debía escucharlo ya que era el único que podía guiarlo a alcanzar la vida eterna. En el mismo sentido y de acuerdo con Eusebio de Cesarea,<sup>49</sup> concebía la realidad del Imperio, cuya existencia histórica estaría en estrecha relación con los planes salvíficos de Dios. Desde Constantino el Imperio se compenetraba

<sup>45</sup> Ibid. L. X, 72, 14.

<sup>46</sup> Ibidem. L. X, 72, 15.

<sup>47</sup> Ibidem. L. X, 72, 16.

<sup>48</sup> Ibidem. L. X, 72, 17.

<sup>49</sup> Según la concepción política imperial elaborada por Eusebio, Constantino era el cosmócrata que actuaba como representante de la divinidad y, como tal, administraba el orden político en la tierra, así como el Verbo Encarnado la Creación. En opinión de Hubeňák, la idea fundamental de esta teoría política consistía en afianzar la nueva *pax augustea*, ahora *pax christiana*, basada en la unidad religiosa y política, asegurándose entonces la *renovatio imperii*. Cfr. HUBEŇÁK, 1999, pp. 6-7.

paulatinamente con el cristianismo y con ello respondía cada vez más fielmente a los designios divinos.<sup>50</sup>

Una vez obtenido el texto de Símaco, el obispo de Milán redactó su contestación contenida en su conocida carta LXXIII, en la que reafirmaba y profundizaba su alegato en contra. Ambrosio cuestionaba la primera afirmación del orador respecto a los triunfos de Roma, obtenidos por el auxilio de los cultos tradicionales. Para el primero, los soldados romanos obtuvieron las victorias, no sus dioses y ritos: *Los trofeos de la victoria están ocultos no ya en las vísceras de los animales sino en la fuerza de los combatientes.*<sup>51</sup> En paralelo –y en oposición– a la imagen creada por Símaco de la anciana Roma, Ambrosio agregaba:

Me arrepiento de mis errores, mi vetusta canicie debió enrojecer por la sangre vergonzosamente derramada. No me avergüenzo en cambio de convertirme en la vejez, (...). Indudablemente es verdad que ninguna edad es muy avanzada para aprender.<sup>52</sup>

En contraposición con las ideas filosóficas con las que Símaco fundamentaba sus afirmaciones sobre la divinidad, Ambrosio exponía con firmeza los principios sostenidos por el cristianismo:

A un tan gran misterio, dicen, no se puede llegar por un solo camino. Esto que vos ignoráis, nosotros lo aprendimos por la voz de Dios; esto que vos buscáis a través de hipótesis, nosotros lo conocemos con certeza por la misma sabiduría, verdad de Dios.<sup>53</sup>

Las líneas siguientes permiten comprender la nueva mentalidad que caracterizaba a los pensadores cristianos, una manera diferente

---

<sup>50</sup> Cfr. VIOLA, 2010, p. 167. Estas apreciaciones sobre el pensamiento político-religioso de Ambrosio quedaron también en evidencia con los conocidos sucesos relacionados con la matanza de Tesalónica, situación en la cual el obispo intervino imponiendo a Teodosio una penitencia pública para expiar su crimen, cumplida por este en la Navidad del 390. Ambrosio dejó claramente de manifiesto que, en lo referente a la fe, el emperador era un fiel más y como tal debía someterse a las decisiones de la Iglesia, como consta en una de sus cartas dirigidas a Teodosio instándolo a hacer penitencia a imitación de los reyes del Antiguo Testamento: *Te he escrito esto no para turbar tu ánimo sino para que el ejemplo de estos reyes te induzcan a quitar este pecado de tu reino y lo quitarás humillando delante de Dios tu alma. (...). El pecado no se cancela sino con las lágrimas y la penitencia. No puede cancelarlo ni un ángel ni un arcángel; el Señor mismo solo puede decir: Yo estoy contigo, si hemos pecado, no perdona sino a aquellos que se muestran arrepentidos.* AMBROSIO, L VII, (Maur, 51), 11.

<sup>51</sup> AMBROSIO. L. X, 73 (Maur. 18), 7.

<sup>52</sup> Ibid.

<sup>53</sup> Ibidem. L. X, 73, 8.



de entender las relaciones entre política y religión y en concreto, el destino del Imperio. El párrafo seleccionado evidencia con claridad los aspectos fundamentales del debate entre cristianismo y paganismo:

Vuestro modo de proceder no está de acuerdo con el nuestro, vosotros queréis de los emperadores paz para vuestras divinidades, nosotros pedimos la paz a Cristo por los mismos emperadores, vosotros adoráis la obra de vuestras manos, nosotros consideramos una ofensa creer “dios” a todo aquello que puede ser fabricado. Dios no quiere ser adorado en las piedras.<sup>54</sup>

En cuanto al poder imperial y a su papel en la nueva concepción de un imperio cristiano,<sup>55</sup> Ambrosio reafirmaba con acertadas observaciones la correspondencia existente entre religión y política, ideas ya esbozadas en la epístola anterior:

Pero dicen, hace falta restituir los ídolos a los altares, los ornamentos a los templos. (...), un emperador cristiano ha aprendido a honrar el altar del único Dios. (...) Que la voz de nuestro emperador haga resonar el nombre de Cristo y anuncie que cree sólo en Él, porque “el corazón del rey está en manos de Dios.”<sup>56</sup>

Con sucesivas comparaciones, Ambrosio intentaba desacreditar los pedidos de Símaco relacionados con el mantenimiento de los privilegios a las vestales y comidas públicas a sacerdotes. En su exposición contraponía la imagen de las vírgenes y los sacerdocios

---

<sup>54</sup> Ibidem.

<sup>55</sup> Al morir Teodosio, Ambrosio elaboró un discurso fúnebre en el cual manifestó su pensamiento político-religioso. Hacía referencia a la misión que el Imperio Romano tenía asignada por el verdadero Dios en el desarrollo providencial de la historia. El emperador debía regirlo para cumplir los designios divinos. El poder político era concebido en armonía con los planes salvíficos de Dios para el género humano. El discurso trascendía la figura de Teodosio y alcanzaba un relieve atemporal y por ello sus sucesores inmediatos y futuros debían responder a tal misión: *Con sabiduría Elena ha puesto la cruz sobre la cabeza del rey, con la finalidad de que en el rey sea adorada la cruz de Cristo. Esto no es soberbia sino devoción porque se rinde homenaje a la devoción santa. Precioso es por lo tanto un tal timón del Imperio romano que gobierna el mundo entero y reviste la frente del príncipe con el fin de que sean pregoneros de la fe aquellos que solían perseguirla. Justamente el timón está en la cabeza porque, donde radica la inteligencia, está la tutela. Sobre la cabeza la corona, en las manos las riendas: la corona está hecha con la cruz, para que resplandezca la fe; también las riendas están hechas con la cruz para que la autoridad gobierne usando una justa moderación, no una imposición injusta. También los príncipes por concesión de la generosidad de Cristo, obtengan que, a imitación del Señor, se diga del emperador romano: Has puesto sobre su cabeza una corona de piedras preciosas.* AMBROGIO: “De obitu Theodosii”, pp. 245-246. Para profundizar esta temática se sugiere SORDI, 1993.

<sup>56</sup> AMBROGIO. L. X, 73,10.



tradicionales, interesados en el mantenimiento de sus prerrogativas económicas, con la de vírgenes y sacerdotes cristianos, cuya actitud y compromiso se alejaba de la búsqueda del enriquecimiento y cuyo único interés era profundizar en el ejercicio de las virtudes. Concluía esta temática afirmando que la Iglesia de Cristo solo se preocupaba por dar limosna y socorrer a los necesitados.<sup>57</sup>

En lo concerniente a la necesidad de mantener los cultos tradicionales, oponía el argumento sobre la importancia de los cambios y el progreso<sup>58</sup>, refiriéndose a los presupuestos de Símaco: *Pero debe ser conservado, dice, el rito de nuestros mayores. ¿Con qué objeto, desde el momento en que todo ha progresado mejorándose?*<sup>59</sup> A continuación extendía su argumento al tema de la fe: *Si también los primeros pasos del mundo, como aquellos de todas las cosas, fueron vacilantes, seguirá la venerada vejez de una fe experimentada.*<sup>60</sup> Resulta interesante también observar cómo Ambrosio acusa a Roma de haber permitido el ingreso de los cultos de Oriente: *Si los viejos ritos eran satisfactorios, ¿por qué la misma Roma se pasó a ritos extranjeros? (...) ¿por qué han recibido a los ídolos de una ciudad conquistada, (...) emulando una superstición extraña a sí?*<sup>61</sup> Luego se refirió específicamente a la Victoria: *Así creyeron que fuese una diosa también la Victoria, que indudablemente es un don de los acontecimientos, no una potencia, es donada, no dominada; por mérito de las legiones, no por el poder de las religiones.*<sup>62</sup> Finalmente Ambrosio terminaba su misiva destacando que los ritos arcanos no habían librado a los grandes personajes de la historia romana de derrotas y desgracias. En este contexto, exhortaba al príncipe a realizar lo conveniente a su fe cristiana; en consecuencia, afín a los méritos de sus antecesores en la púrpura y en la misma fe.<sup>63</sup>

Al analizar con detenimiento las argumentaciones tanto de la tercera *relatio* de Símaco como de las dos cartas presentadas por Ambrosio a

<sup>57</sup> Cfr. Ibid. L. X, 73, 11-16.

<sup>58</sup> Es posible que, al realizar estas afirmaciones, Ambrosio tuviera presente las acusaciones que recogió Teófilo de Alejandría, contra los cristianos. En ellas se aseguraba que su doctrina era muy reciente y, por lo tanto, no estaba avalada por la antigüedad como sí lo estaban las creencias tradicionales romanas. Con respecto al análisis de estas acusaciones, se recomienda el trabajo de BLÁZQUEZ, 1998, p. 15.

<sup>59</sup> AMBROSIO. L. X, 73, 23.

<sup>60</sup> Ibidem. L. X, 73, 28.

<sup>61</sup> Ibidem. L. X, 73, 30.

<sup>62</sup> Ibidem.

<sup>63</sup> Cfr. Ibidem. L. X, 73, 39.

Valentiniano II, resulta oportuno comparar las notables diferencias, en ideas y en la forma, en que ambos se dirigían a la persona del emperador. El posicionamiento de cada uno era diferente y es evidente que respondía a una noción particular de la figura del príncipe y en última instancia, a la concepción que cada uno tenía del Imperio.

### En síntesis

La argumentación de Símaco se distinguía por respetar la religión patria, en estrecha relación con una providencia divina universal, basada en la idea en una divinidad trascendente, absoluta y unificadora de todo culto. Su exposición mostraba una amplia apertura, unida a una concreta noción de la esencia divina que era el fundamento de una universalidad absoluta. Esta concepción propia del plano trascendente tenía su inmediata proyección en el inmanente, por lo tanto la manera de transmitirla y comunicarse con el príncipe era acorde con ella y adecuada a la condición de un ilustre senador romano. Símaco adoptó un lenguaje elegante y caracterizado por un tono conciliador coherente con el andamiaje de ideas que sustentaban su relato; en consecuencia, evitaba confrontaciones abiertas. Para él era fundamental que el emperador, aun siendo cristiano, no actuara contra la religión tradicional, ya que ella encarnaba el misterio del Imperio a cuya cabeza se encontraba. Buscaba que el príncipe superara su inclinación religiosa particular en vistas al mantenimiento del fundamento político religioso imperial.

Ambrosio, en cambio, adoptó un posicionamiento totalmente diferente, ya que era un emisario de Cristo a quien le competía opinar en una cuestión religiosa y en este aspecto, sus ideas fueron transmitidas con auténtica nitidez. El obispo milanés se oponía con firmeza a la anterior religión porque la consideraba falsa y en consecuencia, los reclamos que realizaba el vocero de la facción pagana del senado, eran ilegítimos y por lo tanto, inaceptables. Ambrosio ratificaba que la verdad en materia religiosa era patrimonio exclusivo de la fe cristiana. Cualquier forma de religiosidad que estaba fuera de la verdad, caía en el error y como tal, no podía ser consentida. Conforme con sus postulados, colocaba a Valentiniano II en la situación fiel de la Iglesia y por ello lo llamaba a pensar en la salvación de su alma. De manera paralela, lo conducía a tomar conciencia de su verdadero papel como cabeza del Imperio y de su responsabilidad en la realización de los planes salvíficos de Dios. Según las consideraciones ambrosianas, si el emperador cedía a las pretensiones de Símaco, abandonaba su *dignitas*

y vulneraba su función en la conducción del Imperio romano. La figura del príncipe que elaboró, al igual que el sentido de su actuación en el imperio, era radicalmente opuesta a la de Símaco. El aspecto fundamental de su argumentación consistía en romper la unidad entre los ritos tradicionales, el senado y el emperador, es decir terminar con la unidad sacral, fundamento de la política y la civilidad romanas. De esta manera, al impedir la restauración del altar, se quebraba la unión entre el emperador, el senado y el misterio del Imperio. Es decir, se rompía el arcano pacto entre el Imperio y los dioses, y en su lugar, Ambrosio proponía una nueva alianza entre el emperador y el Dios cristiano.<sup>64</sup> Estas afirmaciones hacen evidente que para los últimos estertores de paganismo, el cristianismo, con sus demoledoras ideas, sería el responsable de la destrucción del Imperio.

En esta investigación se considera que Ambrosio de Milán, conocía la antigua religión, teniendo en cuenta que pertenecía a una familia aristocrática y que, como todos los miembros de las mismas, había recibido una instrucción común que lo capacitaba para la participación política y para el ejercicio de toda actividad que a ella se vinculara. Los estudios realizados por Ambrosio fueron numerosos y profundos, recibiendo idéntica instrucción que los demás jóvenes de la época; incluso había comenzado su carrera política antes de ser nombrado obispo. No es posible creer que Ambrosio, lector de autores clásicos, desconociera los ideales relacionados con la misión divina universal de Roma, según la versión tradicional difundida desde la época augusta. El obispo de Milán, como muchos otros autores cristianos del período, recurría a los clásicos y todo rétor apelaba a ellos para sus argumentaciones.<sup>65</sup>

En el marco de este trabajo se entiende que sus protagonistas atraviesan una época especialmente confusa, donde lo inmanente y lo

---

<sup>64</sup> Cfr. VIOLA, 2010, pp. 146-169.

<sup>65</sup> En contra de esta opinión se encuentran las vertidas por Loris Viola, este autor considera que el obispo Ambrosio mostró en sus escritos un exclusivismo fanático y destructivo y por lo tanto que puso de manifiesto una ignorancia formidable respecto a la religión tradicional romana, tergiversándola de manera radical. Mientras destaca que el alegato de Símaco, se caracterizó por el estilo educado y respetuoso, dentro de los límites de la corrección sobre todo al dirigirse a la persona de príncipe, Ambrosio se dirigía a él como a uno de sus fieles a quien debía conducir al respeto por la verdadera fe y a quien incluso amenazaba. Según este investigador, el obispo distorsionó y ridiculizó las creencias paganas e incluso plagió a los autores clásicos en beneficio de sus presupuestos. Cfr. VIOLA, 2010, pp. 146-169.

trascendente se encuentran en un plano difuso y por ende complejo. En este contexto particular, es posible sostener que Ambrosio no desconocía la idea tradicional de la misión universal de Roma basada en las creencias arcanas, ya explicadas, sino que le dio otra interpretación de acuerdo con su mentalidad. Para él, la misión universal del Imperio estaba ligada a la adhesión y al mantenimiento de la verdadera fe, frente a la cual las demás creencias eran falsas. Por otra parte, la ridiculización de las creencias paganas no fue exclusiva de Ambrosio: era común en la época y producto del debate entre cristianismo y paganismo<sup>66</sup>. Ambrosio respondía a una nueva concepción del Imperio que unía su destino a los planes de salvación previsto por el Dios cristiano. Desde su perspectiva, el emperador debía responder a los designios divinos relacionados con su personal salvación y la de todos aquellos que estuvieran bajo su jurisdicción, de allí que lo tratara como fiel. El modo respetuoso de Símaco correspondía a un senador romano tradicional, pero Ambrosio trasciende intencionalmente ese plano para mostrarse como pastor ya que, como tal, tenía la obligación de instruir al príncipe y apartarlo del error. Con sus planteos innovadores ponía en evidencia una nueva manera de entender la función del soberano, la misión del Imperio y su papel en la historia. Se considera en este trabajo que la exposición ambrosiana muestra una notable habilidad para fundamentar sus ideas a través de una reinterpretación cristiana de la función de la púrpura y el futuro del Imperio.

A través de los escritos de Símaco y de Ambrosio, se distinguen dos lógicas diferentes y por lo tanto, dos maneras disímiles de entender la dinámica de los acontecimientos, así como el futuro del Imperio, como encarnación de la voluntad divina. Ambos, desde sus propias perspectivas, coincidían en asociar la realidad inmanente y la trascendente. Cada uno desde su propia mentalidad relacionaba el destino de Roma con su posicionamiento frente a lo divino. Para Símaco, Roma se salvaría si respetaba el pacto arcano con Júpiter, que sustentaba su papel directriz en la historia.

Las ideas de unidad, continuidad y toda estrategia posible, se encuentran plasmadas en la tercera *relatio*. Esta se puede definir como la máxima expresión de una estrategia política y religiosa, actualizada

---

<sup>66</sup> Los cristianos eran víctimas de acusaciones que habían dado lugar a los escritos apologeticos a lo largo de la historia imperial, ya señalados en los capítulos iniciales y que explican la lógica del tono alcanzado en dichos debates. En este sentido remitimos nuevamente a BLÁZQUEZ, 1998, pp. 13-37.

por Símaco y sus amigos, cuya finalidad era rescatar el Imperio de su posible destrucción, de la cual se responsabilizaba a la intransigencia cristiana. El fluir de la Roma Eterna se evidenciaba en este alegato. Con la agresión a los cultos tradicionales, la subsistencia de Roma estaba en peligro, desarticulada la fuerza de las tradiciones políticas, vulnerada la *pax deorum*, la misión divina que los senadores tenían encomendada; en suma, la existencia histórica de Roma se encontraba en vías de destrucción.

En Ambrosio el destino imperial estaría ligado a su función como entidad difusora de los ideales cristianos. Su pervivencia histórica no dependía de los cultos paganos, sino de su obediencia a los designios del verdadero Dios. Para él el Imperio permanecería vigente si defendía la auténtica fe y cumplía con la misión encomendada por Dios, que constituía la razón de su existencia histórica: colaborar en la obra de redención de la humanidad. Roma debía seguir existiendo pero rejuvenecida por el mensaje evangélico y debía comprometerse en la evangelización del mundo.<sup>67</sup> Su pensamiento político-religioso fue la expresión del “nuevo orden” cuyas características han sido destacadas en el primer capítulo. Este Nuevo orden, sin embargo, tomaba forma a partir de lo preexistente, asumiendo y transformando la cultura clásica.

Hombres de la talla de Quinto Aurelio Símaco, a través de sus diferentes formas de actuar, en busca de revivir un pasado ancestral otorgaron a otros defensores del cristianismo como Ambrosio, los elementos necesarios para fundamentar sus debates y en concreto ayudaron a la consolidación de la nueva fe. La exégesis cristiana, lejos de alejarse del bagaje cultural clásico, se anclaba en los inmortales versos de la *Eneida* y les daba su sentido definitivo: Roma, depositaria ahora de la misión encomendada por el Dios cristiano, estaba llamada a un Imperio sin fin, mientras continuara la historia de la humanidad.<sup>68</sup>

Desde el punto de vista político y religioso, el emperador Teodosio concebía a la Iglesia unida dentro del Imperio unido. Sin embargo, a partir de los sucesos relacionados con la matanza de Tesalónica, Ambrosio le demostró que la Iglesia contenía al Imperio, ya que era una realidad superior y que le otorgaba su razón de ser: ¿Que honra mayor puede atribuirse a un emperador que la de llamarle “Hijo de la Iglesia”? (...) *El emperador está dentro de la Iglesia no encima de ella.*<sup>69</sup>

<sup>67</sup> Cfr. BOCH, 2004, p. 80.

<sup>68</sup> Cfr. VIRGILIO, *Eneida*, L. I, 275.

<sup>69</sup> AMBROSIO de Milán, “Discurso del Domingo de Ramos contra Auxencio”. RAHNER, 1949, p. 149.

La existencia de puntos de encuentro y de diferencias entre los alegatos de ambos, se entiende a través de estos presupuestos. Símaco transmitía en sus líneas la *dignitas* propia del verdadero senador romano. Ambrosio, el obispo de Cristo, expresaba en sus epístolas, con vehemencia, una idea fundamental: el cristianismo era la única y auténtica fe, todo lo demás debía desaparecer. Dos lógicas enfrentadas se evidenciaron en los argumentos expuestos por estos personajes y fueron la concreta manifestación de sus específicas mentalidades.

En la tercera *relatio*, Símaco fundamentaba los ideales del *ordo* senatorial. Como óptimo padre de Roma puso en el texto el significado profundo del pensamiento ancestral; la idea de la Roma eterna emergía de sus letras. La mentalidad aristocrática y pagana brotaba en cada línea y se hacía presente en momentos donde lo único claro era un proceso de cambio, cuyo verdadero alcance y magnitud excedió la capacidad de comprensión de sus contemporáneos.

Ambrosio representaba la imagen de la nueva mentalidad, que se distanciaba con claridad de la anterior, que cuestionaba los ideales básicos del pasado romano, reinterpretando los aspectos esenciales que cimentaban su historia, a partir de una dinámica de pensamiento imbuida de los principios fundamentales de su fe. El encuentro entre ambos trascendió la problemática concreta en torno del retiro o mantenimiento del mencionado altar: implicó la confrontación de dos maneras de entender el sentido de la existencia del imperio y su papel como artífice del bienestar de la humanidad.

Mentalidades, responsabilidades y, en suma, las problemáticas de la época se manifiestan en dichos escritos. El pasaje de la *romanitas* a la *christianitas* quedó plasmado y por lo mismo inmortalizado en la polémica de estos dos personajes: el rétor, vívida expresión de la Roma tradicional, y el obispo, encarnación de los nuevos ideales cristianos.

A partir de las consideraciones expuestas en el debate entre Símaco y Ambrosio, es posible sostener que la idea de la Roma Eterna, basada en un sólido andamiaje de cultura, ritos, creencias antiguas y cultos y en la permanente vigencia de sus costumbres tradicionales -*mores maiorum*- se vio interpelada realmente por pensadores y políticos cristianos, con creciente influencia en el Imperio. Se ha tratado, a lo largo de este estudio, de reinterpretar la defensa dinámica realizada tanto por los miembros de la elite pagana, representada por Quinto

Aurelio Símaco, en su afán de resignificar la idea de la eternidad de Roma, concebida desde su ancestral lógica, como la llevada a cabo por el obispo de Milán, Ambrosio, en su de esfuerzo por fundamentar la historia y el destino del Imperio de acuerdo con los cánones de pensamiento cristiano.

## Referencias

AMBROGIO, “De obitu Theodosii”. N° 48. *Opera Omnia di Sant’Ambrogio*, Roma, 1988.

AMBROGIO, L, X, Lettere 72 ( Maur. 17), 1. *Sant’Ambrogio: Discorsi e Lettere (70-77)*. Introd., trad., note e indici di Gabriele Banterle. Roma, Città Nuova Editrice, 1988.

BARJA DE QUIROGA, P. y LOMAS SALMONTE, F. J. *Historia de Roma*. Madrid, Akal, 2004.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M. *Intelectuales, ascetas y demonios al final de la Antigüedad*. Madrid, Cátedra, Historia/serie Menor, 1998.

BOCH, V. “Quinto Aurelio Símaco y la inmortalización de un paradigma”. *Europa*. N° 7, Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, (pp. 133-151), 2013.

BOCH, V. *El pensamiento ecuménico de Ambrosio de Milán*. Maestría en Historia. Facultad Filosofía y Letras. UNCUIYO, 2004.

CAMERON, A. *The Last pagans of Rome*. Oxford, Oxford University Press, 2011.

CHENAULT, R. R. “Beyond Pagans and Christians: Politics and Intra-Christian Conflict in Controversy over the altar of Victory”. En: SALZMAN, M; SÁGHY, M; LIZZI TESTA, R. *Pagans and Christians in Late Antique Rome*. Cambridge University Press, 2016.

CRACCO RUGGINI, L. “Il paganesimo romano tra religione e política (384-394). Per una reinterpretazione del ‘Carmen contra paganos’”. *Mem. dell’Accademia Nazionale dei Lincei. Classe di scienze morali, storiche filologiche*. Ser. VIII, Vol. XXIII, (pp. 3-141), Rome, 1979.

ETEROVIC, Mirko (Director). *Lexicón. Diccionario de raíces*. Córdoba, Profesorado Salesiano Miguel Rua, 1970.

GARCÍA MORENO, L. *El Bajo Imperio Romano*. Madrid, Síntesis, 1998.

HUBEŇÁK, F. “El affaire del altar de la victoria. Uno de los últimos estertores de la romanidad pre-cristiana. *Semanas de Estudios Romanos*. Instituto de Historia Vice-rectoría de Investigación, Vol. XIII, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile, (pp. 223-254), 2006.



HUBEŇÁK, F. “El Hispano Teodosio y la cristianización del Imperio”. *Hispania Sacra* 51, (pp. 5-42), 1999.

HUBEŇÁK, F. “Religión y política en Ambrosio de Milán”. *Revista Española de Derecho Canónico*, 57, 149, Universidad Pontificia de Salamanca, (441-487), 2000.

HUBEŇÁK, F: “El emperador Graciano en el pasaje de la Romanidad a la Cristiandad”. En *Stylos* 7 (pp 129-164), 1998.

HUBEŇÁK, F. “Valentiniano II: una víctima de tiempos confusos”. *Semanas de Estudios Romanos*. Instituto de Historia Vice-rectoría de Investigación, Vol. XVI, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile, (pp. 209-241), 2008.

JONES, A. H. M.; Moris, J. *The prosopography of the Later Roman Empire*, AD. 260-395. Vol. I, Cambridge, University Press Cambridge, 1971.

MARSHALL, F. “O Altar Da Vitória em Roma: espaço e sacralidade”. *Semana de Estudios Romanos*. Vol. XII, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, (pp.185-195), 2004.

PASCHOUD, F. “Reflexions sur l’idéal religieux de Symmaque”. *Historia* XIV, (pp. 215-235), 1965.

PASCHOUD, F. *Roma aeterna*. Paris, Institut Suisse de Roma, 1967.

RAHNER, H. *Libertad de la Iglesia en Occidente. Documento sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado en los tiempos primeros del cristianismo*. Buenos Aires, Desclée de Brouwer, 1949.

RATTI, S. *Polémiques entre païens et chrétiens*. Paris, Les Belles Lettres, 2012.

RODA, S. “Crisi di potere e autodifesa di classe: aspetti del tradizionalismo delle aristocrazie. En: GIARDINA, A. *Società romana e impero tardoantico I. Instituzione, ceti, economie*, Roma, Bari, 1986.

RODA, S. “Nobiltà burocrática, aristocrazia senatoria, nobiltà provinciali”. *Storia di Roma*. T. III, Torino, (pp. 643- 673), 1992.

SÍMACO, *Cartas*. Introd., trad. y notas de José Antonio Valdés Gallego, Madrid, Gredos, 2000.

SÍMACO, *Informes. Discursos*. Introd., trad. y notas Valdés Gallego, J. A Madrid, Gredos, 2003.

SORDI, M. “L’atteggiamento di Ambrogio di fronte a Roma o al paganesimo. Ambrosius episcopus”. *Atti del Congresso Internazionale di studi ambrosiani nel XVI Centenario della elevazione di sant’ Ambrogio alla cattedra episcopale*. T. I, Milano, Vita e Pensiero, (pp. 203-229), 1976.

SORDI, M: “Dall’elmo di Costantino alla corona ferrea”. En: Constantino il Grande: dall’antichità all’umanesimo. *Colloquio sul cristianesimo nel mondo antico*, Macerata (18-20 dicembre 1990), II, Macerata (pp. 883-892), 1993.

TEMISTIO, Discurso I, Constancio o Sobre la Humanidad. *Discursos políticos*. Introd., trad. y notas de Joaquín Ritoré Ponce. Gredos, Madrid, 2000.

VERA, D. *Commento Storico alle Relationes di Quinto Aurelio Simmaco*. Introduzione, commento, testo, traduzione, appendice sul libro X, 1-2, indici. Pisa, Giardini Editori, 1981.

VIOLA, L. M. A. *Quinto Aurelio Simmaco. Lo Splendore della Romanitas. La perfezione dell’ uomo religioso romano-italiano e la costituzione della civiltà universale della Pace*. Roma, Victrix, 2010.

VIRGILIO, *Eneida*. Introd. de José Luis Vidal. Trad. y notas de Javier de Echave-Sustaeta. Barcelona, RBA libros, 1ª ed. de bolsillo, 2008.ga, P.

VON COMPENHAUSEN, H.: *Los Padres de la Iglesia II. Los Padres Latinos*. Madrid, Eds. Cristiandad, 2001.